cional, en uno de esos anubarrados momentos históricos de crisis bélica. [5]

Su noble y mesurado patriotismo brota aquí y allá, con reiterada frecuencia, en varios de estos artículos. Y siempre —inclusive en los escritos de carácter político, en los discursos polémicos destinados a ser leídos en el Congreso de Diputados— hace gala Valera de su juicio sano y equilibrado, de su señorial elegancia estilística, de su caballerosa cortesía aun para con sus rivales y enemigos.

No me resta sino repetir mi felicitación al profesor DeCoster por la pulcra y oportuna edición de estos escritos, a través de los cuales podemos conocer mejor el pensamiento y los sentimientos de Valera, en especial durante una época muy importante de su vida, "cuando se dedicaba principalmente al periodismo y a la política, y empezaba a ganar fama como hombre de letras".

JUAN M. LOPE BLANCH.

DOLORES ACKEL FIORE, *Rubén Darío in search of inspiration. Greco-Roman mythology in his stories and poetry*, New York, Las Américas Publishing Co., 1963; 178 págs.

La obra de Rubén Darío estuvo marcadamente influida por el mundo greco-latino, que le ofrecía una atmósfera culta, de la cual gustaba impregnar su poesía. Se manifestó esta influencia en la alusión frecuente a dioses mitológicos y a poetas clásicos, en palabras o frases latinas y griegas insertas en el texto castellano, y, lo que es más importante aún, en la búsqueda de un ambiente cortesano francés impregnado de lo greco-romano.

La Dra. Ackel Fiore se centra en este aspecto de la poesía del gran poeta nicaragüense y busca los antecedentes de ese mundo greco-latino en otros poetas parnasianos, pre-modernistas y clásicos españoles, para lo cual comienza con un análisis del modernismo literario. Llamarlo revolución literaria o "literary revolt" parece un poco exagerado visto desde nuestra época, puesto que no reaccionaron completamente los poetas modernistas contra las posicio-

[5] Me refiero a la justificación del proyecto que con Menéndez y Pelayo abrigaba de fundar una revista literaria de alto nivel cultural, en momentos en que la situación europea más inclinaba a pensar en un conflicto armado inminente, que en las "amenas ficciones literarias" (cf. pp. 295-302: "Programa de El Observador").

nes románticas. Hubo sí un cambio de actitudes visible, por ejemplo, en una nueva sensibilidad hacia lo clásico antiguo que se inicia con *Azul*... (1888) en las letras hispánicas, como bien señala la autora.

Después de analizar las menciones a la mitología antigua en las poesías parnasianas y en las obras de los clásicos españoles, concluye negando la influencia decisiva de los parnasianos en esta actitud de Darío, puesto que en la literatura española había abundancia de referencias a la Antigüedad. Sin embargo, la autora señala que Darío utiliza este mundo mitológico de un modo propio muy especial, pues presta suma importancia al elemento plástico. Habría que insistir más en el análisis de ese "modo" rubendariano, puesto que lo importante no es sólo de dónde viene su mundo greco-latino —de las lecturas parnasianas o de las clásicas españolas—, sino en la manera de utilizarlo, con el objeto de penetrar más profundamente en la esencia de su poesía.

La autora recuerda que otros poetas extranjeros, contemporáneos o anteriores a Darío, como Wordsworth, habían protestado ante el ambiente materialista de su mundo, y huían hacia otras épocas y lugares, más bellos por su lejanía, como fueron Java para Rimbaud, y Oriente para Pierre Loti. Baudelaire encontró su mundo en las drogas, otros en la Edad Media, pero algunos indudablemente volvían sus ojos hacia el mundo greco-romano. En Darío debe considerarse, además, la realidad americana tal y como se extendía ante sus ojos: el temor a la expansión norteamericana y el enriquecimiento de ciertos grupos sociales, en la Argentina y el Uruguay particularmente. Además, el estado de empobrecimiento en que se encontraba el castellano justificaba en Darío la búsqueda de una nueva fuente de inspiración, que estimulara el proceso creativo.

Después de *Prosas profanas* —continúa la autora— el impacto de su poesía fue grande; sus partidarios admiraron su facilidad verbal, el ritmo de sus versos y la riqueza de sus imágenes, mientras sus detractores reaccionaron ante el preciosismo y su amor al mundo externo. De todos modos, el rumbo de la literatura española cambió debido a la fuerte influencia de nuestro poeta. Las frecuentes alusiones de Darío al mundo greco-romano y a otros mundos exóticos fueron muy criticadas, pues llamaba la atención que, perteneciendo el poeta a un mundo distante y nuevo, con una abundante mitología propia, acudiera a la de la Antigüedad. Se esperaba que escribiese para los americanos, y que su voz de poeta los alentara

en la construcción de sus nuevos países. Darío lo comprendió, y después de *Cantos de vida y esperanza,* retornó a sí y a lo americano. Coincide este cambio de tema con un olvido del mundo greco-romano de *Azul*... y de *Prosas profanas.* En el trabajo de la Dra. Fiore se evidencia cómo el ambiente pagano desaparece de la poesía rubendariana después de 1897 y aparece, en cambio, un tono marcadamente cristiano. Si hay referencias a dioses mitológicos es porque éstos son encarnaciones poéticas del arte o de la belleza, y porque sus nombres están llenos de evocaciones.

La Dra. Fiore comprueba, después de un estudio minucioso de las alusiones y citas clásicas en la obra de Darío, que su conocimiento de los autores clásicos procede de otras lecturas o de traducciones, pues se conoce, y es fácil comprobar, su escasa preparación en latín y griego. La autora divide las citas en tres grupos: citas bíblicas, citas clásicas y voces latinas, para concluir afirmando que son más numerosas las primeras, y que todas pertenecen a la categoría de las que conoce una persona culta.

La ortografía de ciertos nombres griegos tiende hacia la fidelidad, como en las composiciones de Leconte de Lisle, a quien Darío admira, según lo expresa en un ensayo de *Los raros*: "Conservaba la ortografía de los idiomas antiguos, y así sus obras tienen a la vista una aristocracia tipográfica que no se encuentra en otras". Esta frase, citada por la autora, demuestra el deseo de Darío por innovar, no sólo en los motivos poéticos, sino en el lenguaje. La autora estudia todos los "vocablos exóticos" que utilizó el poeta con el fin —dice— de agregar frescura a la expresión y contribuir a la creación de un arte para la *élite.* Pero Darío presta a esas palabras un "intimate poetic meaning", como recurso que sugiere toda la belleza y sensualidad del mundo greco-romano.

Todas las criaturas fabulosas, deidades de los bosques, dioses y diosas que Darío menciona, están analizados en el estudio de la Dra. Fiore, quien alude a la frecuencia con que aparecen tales criaturas en la literatura anterior al poeta, especialmente en españoles y franceses. Llega así a comprobar que Darío no fue un fiel seguidor de los parnasianos, y que aun cuando alude a personajes comunes a ellos, los despoja de los tonos sexuales que utilizaron Laprade, Silvestre y Mallarmé o los Goncourt. Además Darío hace suyos los mitos y personajes greco-latinos vitalizándolos y trayéndolos a vivir en los tiempos presentes de una manera poética muy particular.

En resumen, el estudio de la Dra. Ackel Fiore es un estudio concienzudo y minucioso del tema greco-latino en la obra de Darío, que se completa con una amplia bibliografía.

MARÍA JOSEFINA TEJERA.

Instituto de Filología "Andrés Bello".
Caracas.

CAMILO JOSÉ CELA, *El ciudadano Iscariote Reclús*, Madrid, Editorial Alfaguara, 1965. (Col. *A la pata de palo*).

En la ininterrumpida tarea literaria, siguiendo una línea perfectamente reconocible y coherente, en los libros de Camilo José Cela se observa una clara evolución hacia el humor y una tendencia a escribir textos de difícil clasificación, aunque en el caso del libro que ahora comentamos, perfectamente identificable con la realidad. Es decir, que las obras de Cela, sobre todo las más recientes, se alejan de los géneros al uso tal y como los entendería un preceptista, y, al margen de las clasificaciones, poseen esa frescura y originalidad inconfundible que da a la literatura de Cela su sello personal. Algunas de estas facetas le emparentan con los escritores franceses —a él, escritor tan sólidamente español— pertenecientes al Colegio de Patafísica.

El ciudadano Iscariote Reclús es una especie de Quijote de escasa personalidad, titubeante y víctima de una época poco propicia para sus proyectos y para sus convicciones. A cada paso se ve Iscariote Reclús en ridículo o forzado a claudicar: "Los domingos y fiestas de guardar iba a misa, pero la oía —aunque con aparente devoción— con un pie en el aire, como las grullas, para demostrarse a sí mismo que no estaba de acuerdo."

Este breve pasaje nos da una idea de la situación y de la mentalidad y, al mismo tiempo, de la inocente terquedad del personaje. Todo ello visto con el aire de zumba y socarronería peculiar de Camilo José Cela. No hay que olvidar que si España no ha dado un Swift o un Sterne, ni un Rabelais o un Jarry, dio un Quevedo y, más recientemente, un Valle-Inclán o un Gómez de la Serna.

El libro es un relato, o una serie de relatos o novelas cortas —estampas o apuntes— sobre el ciudadano Reclús y sus circunstancias. A lo largo de sus páginas desfila una curiosa fauna ibérica, que Cela observa con fino sentido caricaturesco y muy vívidamente.